

surjan en medio de un mercado que pulveriza todo lo que es mental y estéticamente exigente, hace que cuando un libro posee esta noble ambición de pensar y escribir sobre el presente con seriedad, incluso con obstinación, su lectura no se olvide fácilmente. Estamos tan acostumbrados a leer siempre el mismo libro que la diferencia no puede pasar desapercibida.

Raval. Del amor a los niños es una de estas escasísimas obras que en castellano (o en catalán) son capaces de restituir a la literatura su utilidad y de hacernos pensar que, pese a tantas apariencias engañosas y a tanto ji, ji, ji y ja, ja, ja como nos rodea, la literatura que se hace aquí y ahora no está muerta. El autor del libro, excelente libro, es Arcadi Espada, un periodista que siempre se ha distinguido por ejercer su profesión a la intemperie, como él mismo subraya. Es decir, hablamos de alguien que huye de la palabra gastada y de los fáciles golpes de pecho sobre cuestiones conmovedoras y que, por encima de todo, no abdica de su responsabilidad profesional, que es la de proporcionar una información veraz sobre hechos que ocurren y de los cuales el ciudadano, cualquiera de nosotros, no tiene más conocimiento por lo general que el relato que de ellos proporcionan los medios de comunicación. Arcadi Espada ejerce su profesión con una pasión que parece innegociable. Y de ahí que sus

libros, siempre fruto de un roce con el lugar común, no sean complacientes ni risueños, sino duros y precisos. Así es su literatura.

El Raval (arrabal en castellano) es un barrio depauperado del centro de Barcelona, en plenas Ramblas, del cual surgió a mediados de junio de 1997 un titular inquietante: «Una pareja alquilaba a su hijo de 10 años a un pederasta por 30.000 pesetas el fin de semana». Con esa noticia, seminal de todas las que fueron sucediéndose aquel verano, se abre el libro, producto de una necesidad: discernir a la vista de todos qué hubo de verdad en esa noticia que, al pasar los días, acabó transformándose en otra más contundente y espectacular: el presunto descubrimiento por parte de la policía de Barcelona de una red de explotación de menores cuyo centro de operaciones estaba precisamente en el Raval, en el modestísimo piso de uno de sus supuestos responsables. Casi de inmediato se los detuvo, y al día de hoy están todavía pendientes de juicio. Esa primera noticia, que conduce al lector al origen de lo que después se llamó «caso Raval» (como antes fue el Arny o el Dutroux), va acompañada de dos apostillas fundamentales. La primera es para advertir sutilmente que el periodista sigue teniendo la cabeza fría a pesar de la «alarma social» generada por el descubrimiento del caso y que, como cada tarde, se dispone a seguir investigando qué hay

de cierto en la información que ha saltado a los titulares de los periódicos en pleno verano. Al periodista, sigue la misma sutileza, no debe confundírsele con la acción: lo suyo es la relación de los hechos, no identificarse con ellos.

La segunda apostilla es para reparar en el error gramatical del titular mencionado. En efecto, se debe prescindir de la preposición a del complemento directo cuando otro complemento la requiere. Puede pensarse ¿y qué importancia tiene detenerse en un simple fallo en la sintaxis ante la gravedad del contenido de la noticia? Pero sí la tiene: pensemos que un escritor es alguien que otorga particular importancia a las palabras. Alguien que, como observa Elías Canetti, acaso se mueve más a gusto entre ellas que entre seres humanos, porque trabaja con las palabras continuamente, las mueve de lugar, las destrona para entronizarlas en otra parte, las lija, las pule, las palpa y las interroga y, por encima de todo, se responsabiliza de lo que las palabras dicen. El error gramatical que detecta Arcadi Espada es presagio, metáfora, de otro error mucho más serio, esta vez de naturaleza moral, que condujo al encausamiento de una serie de personas inocentes, adultos y niños, acusadas de colaborar en una red internacional de pederastia que nunca existió. El libro establece la trayectoria que va de un error a otro.

Sin embargo, ese hecho (en realidad un no-hecho) lo ignoraba el ciudadano hasta ahora mismo, cuando tiene la oportunidad de conocer la trastienda de lo que fue poco menos que un montaje publicitario: leyó o no leyó en su momento los titulares de los periódicos, pero sin duda conoció la noticia que, como todas, desapareció en la vorágine informativa. Han pasado tres años, de aquella presunta red de corrupción infantil no quedan ni los rastros y nadie se ha preguntado qué fue de la madre que alquilaba a su hijo por dinero los fines de semana. ¿Quién volvió a pensar en todo esto? Está claro que después de lo leído parece ser que Arcadi Espada no ha dejado de hacerlo desde entonces y nos presenta, implacable, sus conclusiones.

Y digo implacable porque no hay piedad hacia los verdaderos responsables. No hay lugar para ella porque unas cuantas vidas de gente modestísima, en el límite de la supervivencia en algún caso, quedaron arrasadas por una lamentable actuación policial que fue corroborada ordenadamente por todas las instituciones a medida que eran requeridas para el avance del sumario: de la justicia a los servicios de asistencia social pasando por los periodistas, todos sin decir ni pío fueron sumándose al desaguisado. Y así fue creciendo de tamaño la fractura entre la verdad de lo ocurrido: nada, o mejor nada distinto de lo que se sabía y es que unos paidófilos

muy conocidos del barrio recurrían a pequeñas argucias para estar cerca de los niños que amaban, y la mentira progresivamente construida sobre esa amarga circunstancia.

El libro se lee de un tirón y tiene momentos y personajes inolvidables (el inspector que instruye el caso, por ejemplo, y que lo abulta sobre la marcha; o las asistentes sociales envueltas en un halo de virtud que apesta a indiferencia). Pero al tiempo que la tensión del relato crece y crece, el ánimo del lector puede ser cada vez más inquieto. En primer lugar, al ir comprobando la falta de fundamento de las acusaciones policiales. Y porque dichas acusaciones se hacen en nombre del bien y de la virtud, cuando son precisamente los que están ahí para protegerlos—es decir, policías, jueces, asistentes sociales y periodistas—los que en esta historia causan el infortunio a diestro y siniestro. Y la sensación inmediata es la de comprender el desamparo del individuo ante las instituciones: si en lugar de desarrollarse en la dirección correcta éstas lo hacen en la equivocada, estamos perdidos. O no del todo, siempre que haya personas dispuestas a enfrentarse a ellas si es necesario. Es tremendo pensar que bastaba con que alguien hubiera hecho bien su trabajo para que el «caso Raval» se archivara de inmediato, simplemente porque nunca hubo tal caso. Lo que sí había era un cierto estado de psicosis colectiva que explica la llamada telefónica de

una vecina del barrio a la policía acusando a un hombre de abusar de un niño, aunque sin aportar prueba alguna de la acusación; y tiempo después, las vacilantes confesiones de tres niños asustados.

Sin embargo, Arcadi Espada no juega a los detectives para construir un *thriller*, ni tampoco es un moralista que nos quiera adoctrinar. Se limita a exigir, a veces muy airadamente, un sentido a la lectura que hace del sumario, y a contrastar la información que contiene. Y convierte esa atenta lectura de un sumario judicial en una obra literaria.

La trayectoria que describe un proyectil es una parábola. En literatura, la parábola es una forma narrativa que ofrece una doble lectura: la primera, es un relato; en la segunda, su sentido es otro. El libro sobre el caso del Raval y su lamentable y bochornosa falta de fundamento, se cierra sin disipar en lo más mínimo la inquietud generada en el lector. Muy al contrario el atropello parece a punto de surgir de nuevo en la última página como fruto de una inercia poderosa, y por ello mismo la potencia de su parábola aumenta. En mi lectura, el relato de Espada tiene una aplicación inmediata y es la de pensar que muchas de las ocupaciones que pertenecen a la rutina diaria sólo pueden salir bien si se actúa en ellas con extrema precisión. Esa precisión habla de nosotros.

Anna Caballé

Ramón*

El genial Ramón no tuvo suerte en vida con la edición de sus obras completas, debido precisamente al carácter prolífico de su literatura. En vida aparecieron en la editorial AHR de Barcelona en 1956 dos gruesos volúmenes en papel biblia, y antes unas *Obras selectas* en Madrid, Plenitud, 1947 en diez volúmenes, y luego otra en AHR en 1971 de 1034 páginas. Todo ello confiere un singular valor a esta gigantesca empresa que la editorial Círculo de Lectores/Galaxia Gutemberg ha abordado, edición que se realiza bajo la pulcra dirección de Ioana Zlotescu, y que en este momento llega a su ecuador con la publicación de los diez primeros volúmenes de los veinte de que constará la obra, que se terminará en un par de años aproximadamente si todo va bien. Hay que apoyar esta empresa desmesurada y magnífica, como todo Ramón lo fue en vida y obra. Y tan sólo cabe reprochar que los volúmenes no hayan aparecido sucesivamente por orden cronológico, quizás

* *Ramón Gómez de la Serna, Obras completas volumen XI, Novelismo III. Novelas cortas y cuentos para niños (1921-1932), edición de Ioana Zlotescu, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutemberg, 1999, 827 pp.*

porque se ha ido buscando el impacto de venta con las obras más reconocidas de Ramón en primer lugar.

Los anteriores volúmenes publicados, distribuidos temáticamente en espacios narrativos son: los I y II que realizaban una interesante investigación y recopilación de textos de la revista *Prometeo*, con escritos desde 1905 a 1912 y teatro de juventud –un teatro ingenuo pero delicioso, por cierto–; los III, IV y V que abarcaban lo que se denomina *Ramonismo*, que abarcaban ya obras como *El Rastro* –singular amor de Ramón por Madrid, constantemente recreado en su obra–, *El circo*, *Senos*, *Greguerías*, *Muestrario*, *Libro nuevo*, *Disparates*, *Variaciones*, *El alba* –todo desde 1914 a 1923–; los volúmenes IX y X denominados *Novelismo*, que incluyen sus obras maduras de narración entre 1914 y 1928, con *El Doctor inverosímil y otras novelas* y *Cinelandia y otras novelas* –quizás estos dos volúmenes IX y X contienen lo mejor de lo publicado hasta ahora en estas obras completas–; el volumen XV bajo el título de *La ciudad* sobre Madrid, un leitmotiv maravilloso en Ramón –recuérdese su bellissimo texto sobre las farolas madrileñas en *El novelista*–; y el volumen XX con *Escritos autobiográficos* –otro interesante registro temático en hombre de tan intensa vida– que contiene *Automoribundia*. Recientemente se ha publicado el libro sobre Velázquez que escribiera Ramón, por Galaxia Gutemberg/Círculo de Lec-